

PERLA VALLE PÉREZ

Emma Pérez Rocha*

Perla Valle hace honor a su nombre: evoca paz, serenidad, firmeza. Su hablar pausado, cargado de sabiduría y reflexión, expresa sólo una faceta de su personalidad. Fue una mujer que supo combinar su papel de hija, esposa y madre, con el de una intelectual en todo el sentido de la palabra. Chiapaneca de nacimiento, muy pronto vio surgir su vocación inicial, la docencia. Egresada de la Escuela Normal para Maestros, ingresó años después a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, llamada esta vez por las graves voces de los testimonios materiales propios de la arqueología.

Siempre atenta a sus prioridades, suspendió sus estudios para dedicarse a sus hijos y esposo, y sólo regresó a la vida académica cuando consideró que era el momento adecuado. Formó parte del personal del Museo de las Culturas, del Departamento de Divulgación del Instituto Nacional de Antropología e Historia, y reingresó a la ENAH donde, con las bases de una antropología integral, su vocación e inquietud se inclinaron hacia la etnohistoria.

Fue en esa época cuando la conocí, y su recuerdo sigue siendo imborrable: amable, receptiva, siempre dispuesta a ayudar y a abrir caminos, apoyo que es fundamental cuando se empieza a transitar por sendas desconocidas pero inquietantes.

Su paso por la ENAH fue importante. Formó parte del grupo que propició la instauración de la especialidad de etnohistoria en momentos en que se estaba tratando de dar a esta disciplina un carácter propio dentro de la antropología; se gestaron así cambios relacionados con la conformación de la especialidad y con su futura consolidación. En esta etapa de su vida fue definiendo

su quehacer –el estudio de los documentos pictográficos–, al que le dedicó todos sus esfuerzos y en el que señaló notables directrices.

Así, producto de meticulosas investigaciones que van más allá de la descripción formal de las pictografías y en las cuales marcó un nuevo método de trabajo al combinar el estudio formal con el análisis de documentación de archivo que nos proporciona el contexto histórico, surgieron trabajos como el *Códice de Tlatelolco*, la *Ordenanza del señor Cuauhtémoc* y el extenso y profundo estudio sobre el *Códice Kingsborough*, donde se plasma a plenitud su método de análisis, convertido ya en paradigma



en el campo de estudio de los documentos pictográficos, además del *Códice Osuna*, que estaba por terminar. Igualmente, su afán por dar a conocer el desarrollo de estas investigaciones llevó a que, gracias a su iniciativa, se celebraran tres trascendentes coloquios sobre documentos pictográficos de tradición náhuatl.

Fue, asimismo, cofundadora del seminario de Códices Mexicanos, realizado bajo el convenio celebrado entre el INAH y el CIESAS. Formó parte del proyecto Machiyotl del CIESAS y posteriormente del proyecto Amoxpouhque, de la Dirección de Lingüística del INAH. En este último participó en el estudio

de varios códices de la Biblioteca Nacional de París editados en disco compacto. Los espacios antes mencionados han permitido, entre otras tareas, consolidar el conocimiento de los testimonios pictográficos, poniendo en su justo sitio aquellos que se produjeron en la época colonial, tan importantes para el conocimiento etnohistórico como los referentes a la época prehispánica.

Perla nunca perdió el sentido de su vocación inicial, la docencia; de allí la claridad de exposición y la forma didáctica para dictar sus múltiples conferencias nacionales e internacionales, lo que se aúna al conocimiento profundo de la temática a exponer. Trabajar con ella fue siempre aprender, tanto en el campo del método como en el del conocimiento. La recuerdo, también, centrando la investigación que dio luz al libro *El corazón de Copil*.

Perla ganó el respeto y cariño de todo aquel que la trató, ya que de manera permanente estuvo presente en ella el reconocimiento a la labor de cada investigador, aun cuando se tratara de pequeños alcances. Además, cuando surgían situaciones penosas o de confrontación, siempre afloró su actitud conciliadora.

De apariencia frágil y suave, encerró una enorme fortaleza que le permitió sobrellevar duros golpes: la muerte de su padre y después la de su esposo, el querido y siempre recordado Silvestre, que hacía junto con ella una pareja inolvidable, siempre alegres y juguetones pero no por ello carentes de una enorme profundidad humana.

Quienes tuvimos la suerte de convivir con Perla muy de cerca, sabemos de su actitud invariablemente positiva, luchadora incansable y en continuo desarrollo, con la vista en el futuro pero sin olvidar las experiencias del pasado.

De esta manera, sólo queda decir: gracias, Perla, por tu amistad y tu presencia.

•••

* Dirección de Etnohistoria, INAH.